

labozo y esta profunda fosa es la que llama *purgatorio* la Iglesia latina, y aun la da el nombre de *infierno* en la ordinaria oracion que hace por los difuntos: *Señor Jesucristo, rey de la gloria, librad las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno, y del profundo lago; libradlas de los dientes del leon.*

Es, pues, verdad de fe que hay purgatorio, y esta es la doctrina de toda la Iglesia desde Jesucristo acá. Pues ahora, ¿puede haber mayor crueldad, inhumanidad mas vergonzosa que saber que nuestros amigos, nuestros bienhechores, nuestros mas cercanos parientes están por la mayor parte detenidos en unos horribles calabozos, tratados por la divina justicia con una severidad incomprendible; que está en nuestra mano conseguir de la misericordia del Señor su libertad ó su alivio; que tenemos en ella muchos medios para satisfacer por ellos, para que cesen sus penas; que una oracion, una mortificacion, una limosna, una misa bastaria algunas veces para sacar á una alma de aquel profundo calabozo; y ser tanta nuestra indolencia, nuestra inhumanidad que no lo queramos hacer? ¿No pide la misma justicia de Dios (*Jac. 2.*), *que se haga justicia sin misericordia con aquellos que no quisieren hacer misericordia con sus hermanos?* ¿Te olvidaste tú de aquellas afligidas almas? pues Dios permitirá que se olviden de la tuya, y que no se te apliquen aun aquellos mismos sufragios que tú dejaste encargados: *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam.*

SAN VOTO Y SAN FELIX, CONFESORES.

EN aquellos infelices siglos que por justos castigos de Dios gemia casi toda España bajo la dura esclavitud de los agarenos, cupo esta suerte desgraciada á Zaragoza, capital de la provincia de Aragon; donde los cristianos se vieron en la precision, como en otros muchos pueblos del reino, de sujetarse á los excesivos tributos que quisieron imponerles los bárbaros; para ejercer libremente la religion de Jesucristo, los cuales se llamaban mozárabes, lo mismo que fieles mezclados con los árabes. De esta clase fueron dos ilustres hermanos naturales de la dicha capital llamados Voto y Felix, ambos muy distinguidos por su calificada nobleza, pero mucho mas por su grande piedad para con los pobres de Jesucristo, á quienes socorrian en sus miserias con mano liberalísima.

Era Voto naturalmente inclinado á la caza, y en una de las ocasiones que salió á esta diversion, se condujo á un monte llama-

madó antiguamente Panno á la parte septentrional de Aragon; donde hoy está el célebre monasterio de S. Juan de la Peña del orden de S. Benito; sitio verdaderamente ameno por la fertilidad de sus árboles, por sus hermosos prados, y por sus fuentes cristalinas. Vió un ciervo en aquella montaña, y queriendo darle muerte, le siguió corriendo con el caballo hasta la cumbre del monte, desde donde alligido el animal con la opresion de los perros, se precipitó hasta un valle profundísimo. Iba desbocado el caballo de Voto en seguimiento de la fiera, y llegando inopinadamente al mismo lugar del precipicio, invocó el ilustre jóven la proteccion de S. Juan Bautista; á cuya voz quedó inmóvil el caballo asidas á un pedernal las herraduras, conforme se ven hasta hoy los vestigios.

Quedó Voto lleno de admiracion, si bien á vista del inminente peligro, mucho mas considerando la maravillosa proteccion de su especial abogado; y llevado de un impulso superior, quiso inspeccionar el sitio; corrió con la espada en la mano por todas las malezas de la montaña, y en lo mas secreto de ella encontró una ermita dedicada á S. Juan Bautista. Entró á dar gracias á su protector, y vió á un lado del altar á un difunto, sobre cuya cabeza estaba una piedra con unas letras que decian: *Yo Juan, eremita en este sitio, habiendo despreciado al mundo, fundé como pude esta ermita en honor de S. Juan Bautista, y aquí descanso en paz. Amen.*

Dió Voto sepultura en el mismo oratorio al venerable cadáver, que segun parece fué el de Juan de Atarés, llamado así por el lugar de su nacimiento, el cual murió santamente el año 718; y reflexionando tanto sobre el suceso como sobre la felicidad de aquel hombre dichosísimo, que supo vivir con tranquilidad libre de los peligros del mundo, se encendió en vivísimos deseos de seguir aquel tenor de vida, para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion. Volvió Voto á Zaragoza con tan nobles pensamientos, y habiendo referido á Felix todo lo ocurrido en el monte Panno, quiso éste acompañar á su hermano en la determinacion. Distribuyeron ambos sus cuantiosos bienes entre los pobres de Jesucristo, y se retiraron al monte Panno, con ánimo de sepultarse para siempre en aquella espantosa soledad, donde edificaron dos pobres celdas contiguas á la ermita de san Juan Bautista. Cuando se vieron en lugar tan retirado de todo el comercio humano, se sintieron mucho mas encendidos en el amor á los ejercicios eremiticos, que era el objeto que les habia traído al desierto; y soltando las riendas á su fervor, no tuvieron otra ocupacion que la de dedicarse á la contemplacion de las

eternas verdades, pasando en oración los días y las noches, sin usar de otro alimento que el de algunas frutas silvestres, ó raíces de yerbas, que contribuían no poco á aumentar su mortificación, resucitando con semejante vida aquellas espantosas imágenes de penitencia, oídas hasta entonces de los mas famosos solitarios del Oriente y Occidente.

Causan admiración los artificios de que se valió el demonio para engañar á los dos ilustres eremitas, cuya vida con ser tan pura y tan penitente no estuvo exenta de las mas violentas tentaciones; con que los ejerció por largo tiempo el enemigo de la salvación; pero de todos estos combates, que fueron dilatados y crueles, les libró su humildad y su frecuente recurso á la oración, triunfando con la asistencia de la divina gracia de todas las máquinas del infierno.

Continuaron Voto y Felix por espacio de algunos años aquel tenor de vida mas angélica que humana; pero como Dios queria que fuesen útiles á muchos, hizo que se esparciese la fama de su santidad por toda aquella region. Por mas que solicitaban ocultarse á la vista de los mortales, atrajo el buen olor de sus eminentes virtudes á muchos afligidos cristianos al monte Panno al abrigo de los dos ilustres eremitas; disponiéndolo así la divina Providencia, para que no solo se empleasen en los ejercicios de la vida contemplativa, sino en los de la activa, de suerte que diesen mucha gloria al nombre cristiano. Sucedió así con efecto, pues viendo los dos hermanos el gran número de fieles que se habia refugiado en aquella montaña, huyendo del furor de los mahometanos, les animaron á que instituyesen el heroico valor á los pocos cristianos de Asturias, que bajo la dirección del príncipe D. Pelayo hicieron inmortal su memoria en las guerras contra los bárbaros agarenos. Alentáronse los fieles con tan zelosa exhortación; y habiendo nombrado por su capitán á D. Garcia Jimenez, señor poderoso, y militar diestro, comenzaron á pelear contra los africanos, auxiliados de los dos célebres eremitas; á cuya actividad y fervorosas oraciones, mas que al poder de las armas, se debió la libertad de muchos pueblos contiguos del tirano yugo agareno.

Viendo Voto y Felix á los cristianos en estado de poderse defender de los enemigos de la religion, se volvieron á su retiro á continuar con los ejercicios eremiticos; bien que el Señor endulzaba maravillosamente sus rigores con el don de contemplación que les concedió tan elevado, que sin exageración puede decirse, que era su vida una oración continua. Quiso en fin Dios premiar los grandes merecimientos de sus fidelísimos siervos, y sacó del

destierro de este mundo á Voto, que era el mayor de los dos hermanos, en el día 29 de mayo, hácia la mitad del siglo VIII; á cuyo venerable cuerpo dieron los fieles sepultura en el oratorio de S. Juan Bautista. Murió á poco despues Felix, y le enterraron en la misma capilla, que habia sido el teatro donde se ejercitaron en todo género de virtudes. No tardó el Señor en acreditar la gloria de los dos famosos solitarios con los repetidos milagros; que se dignó obrar en favor de muchos enfermos, que concurrieron á la ermita dicha á implorar la poderosa intercesión de los santos, que se celebran en el día 29 de mayo; no porque muriesen ambos en este día, sino porque siéndolo el del feliz tránsito de Voto, pareció conveniente celebrarles juntos, habiendo sido inseparables en su prodigiosa vida.

Los venerables cuerpos de Voto y Felix permanecieron en el oratorio antiguo, hasta que cesó la hostilidad de los mahometanos; en cuya feliz época ampliaron los fieles la reducida ermita á una magnífica iglesia en honor del Bautista, que vino á ser en lo sucesivo del célebre monasterio de religiosos Benedictinos llamado de S. Juan de la Peña, donde se mantuvieron en grande veneración los cuerpos de los dos santos con el del eremita Atarés; pero habiendo ocurrido un incendio voraz en aquella ilustre casa por los años 1492, consumido en el fuego el de Atarés, y reservadas las reliquias de S. Voto y de S. Felix, se colocaron en el nuevo templo, donde se les tributa el culto debido.

La misa es en honor de S. Maximino, y la oración es la que se sigue:

Suplicámoste, ó Dios todo-
poderoso, que en esta venera-
ble solemnidad de tu confesor
y pontífice S. Maximino au-
mentes en nosotros el espíritu
de piedad, y el deseo de nuestra
salvación. Por nuestro Señor
Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 10 de S. Pablo á los Romanos.

Hermanos, yo testifico aque-
llos (que son enemigos de Je-
sucristo) que aunque tienen
zelo de Dios, no es un zelo sa-
bio. Pues ignorando la justicia
de Dios, y buscando como es-
tablecer su parecer, no están
sujetos á la justicia del mismo
Dios. *Debiendo saber* que el fin
de la ley es Cristo, quien es
la justificación para todos los
creyentes en él.

REFLEXIONES.

El zelo que se muestra por el error, bajo el concepto de seguir una doctrina sana, es el mas pernicioso. ¿De qué sirve semejante zelo si no es conforme al espíritu de Dios?

Se hallan algunas veces personas que hacen profesion de ejemplares, cuyo zelo siempre es amargo, sin conocer aquella dulzura que en parte caracteriza el verdadero zelo. Engañase mucho el que concibe á la caridad como una virtud lisonjera, que por no ofender á sugetos grandes, todo lo celebra, hasta las mismas imperfecciones. Debe condenarse el vicio; pero la caridad cristiana pide que se perdone á la persona, y que se mire con compasion al pecador, siempre que se pueda hacer sin perdonar al pecado. La malignidad del corazon humano siempre se dirige á censurar la conducta de los otros. Siéntese no sé qué secreto y maligno placer en descubrir en otros aquellos defectos de que uno se considera libre. Aquella especie de superioridad que se imagina lograr sobre el prójimo lisonjea á un corazon orgulloso; y como en esta especie de preferencia se mezcla siempre el especioso pretesto de zelo, no se desconfia de esta complacencia maligna, y aun se vive en ella con grande serenidad. Aun es mas grosera la ilusion cuando se reputa por zelo la pasion, persuadiéndose que se hace servicio á Dios en aquello que solamente se siguen los ímpetus de la emulacion ó de la envidia.

Hácenos sombra la reputacion de otro, y comiézase á desviar voluntariamente los ojos del resplandor de sus prendas; solamente se aplica la atencion á descubrir lo que puede parecer en él defectuoso; celébrase con una risa maligna, óyese con una secreta complacencia todo aquello que los que son de nuestra misma opinion censuran de las personas que son el objeto de nuestra emulacion; todo se escucha y todo se aplaude con alegría. Si se las muerde, si se las satiriza, todo se recibe como oráculo. El aprecio, y aun el amor con que se miran estas crueles censuras, igualan siempre á la maligna antipatia que se tiene á los concurrentes. Las pasiones que se fomentan no pueden contenerse por largo tiempo dentro de los límites de la moderacion; en vano se procura reprimirlas, ó á lo menos disimularlas, pues al cabo revientan con estruendo. Ya se miran con ojos enemigos aquellos cuya reputacion nos ofende. No solo se desaprueba, sino es que positivamente se desprecia todo cuanto hacen; ni aun se quiere creer que son capaces de hacer cosa digna de estimacion. Pregunto, ¿se mira únicamente á Jesucristo y á la salva-

cion de las almas en esa malignidad de humor que se desahoga en censuras mordaces, en invectivas y en murmuraciones? ¡Cosa estraña! hasta la mayor gloria de Dios, y el mayor bien de la Iglesia han de servir de pretesto á la emulacion.

El Evangelio es del cap. 9 de S. Lucas.

En tiempo que deliberó Jesus los Santiago y S. Juan, dijo: Señor, ¿quereis pidamos pasar á Jerusalem, envió delante de sí nuncios: los cuales poniéndose en camino, entraron en una ciudad de samaritanos á prepararle hospedaje; pero no recibieron al Señor, porque su mira manifestaba ir á Jerusalem. Viendo esto sus discipulos que baje fuego del cielo y los consuma? Pero volviéndose á ellos Jesus les reprendió diciendo: Ignorais de qué espíritu sois: el Hijo del hombre no viene á perder las almas, sino á salvarlas.

MEDITACION.

De la dicha que tenemos en ser cristianos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la mayor dicha que podemos tener en este mundo es ser cristianos. Nacimiento ilustre, familia distinguida, alianzas honrosas, puestos elevados, fortuna brillante, títulos antiguos, empleos lustrosos, nombres magníficos; ¿no me direis de qué podreis servir á un pobre infiel por toda la eternidad? Los Alejandro y los Césares están hoy confundidos con los mas viles esclavos de su misma religion. Revolved sus cenizas: buscad entre ellas alguna distincion: pues la misma encontrareis en sus personas. ¡Buen Dios, y qué pequeñitos son en su muerte los mayores hombres, si tienen la desgracia de no morir cristianos! Lleno está el infierno de esos dichosos del siglo, de esos dioses de la fábula; y cierto que allí será muy respetable el título de haber sido un semidios en la tierra! Solo el nombre de cristiano es título de mucho honor en una y en otra vida: es un carácter indeleble, que por sí solo funda en los párvulos legítimo derecho á la eterna bienaventuranza. Mas que se hayan poseido todos los títulos de nobleza, de preeminencia, y de grandeza que son imaginables; si falta el de cristiano, todos los demás se desvanecen en humo. Mas que uno hubiese sido el principe mas poderoso del mundo, será sumamente infeliz por toda la eternidad si no es cristiano. La verdadera y la única bienaventuranza, dice Jesucristo, es co-

nocerte á tí, ó Padre eterno, y conocer á tu único hijo Jesucristo, que enviaste á la tierra. Esta fe y este conocimiento es la religion de los cristianos. De todo esto podemos comprender, si fuere posible, el precio, la dignidad, el valor, y el mérito del santo bautismo, y la escelencia que comunica el augusto nombre de cristiano. Siendo concebidos en pecado, nacimos todos esclavos del demonio, hijos de maldicion y de ira. El bautismo es una regeneracion, un segundo nacimiento, por el cual gozamos la preciosa libertad de hijos de Dios, adquirimos derecho á la herencia eterna, somos pueblo de Dios, hermanos, por decirlo así, de Jesucristo, sus coherederos, miembros de su cuerpo místico, que es la Iglesia. Comprende ahora, si puedes, qué dicha es haber recibido el bautismo.

PUNTO SEGUNDO. — Considera las infinitas ventajas que trae consigo el augusto nombre de cristiano. Representátele los infinitos méritos de la vida, pasion y muerte de Jesucristo; el infinito precio y valor de los santos Sacramentos; los incomprensibles gozos de la celestial Jerusalem; el valor sin medida de la gracia del Salvador; las inestimables utilidades de la comunion de los santos; la indecible dignidad de nuestra religion, y en fin, la dicha de la eterna bienaventuranza. Por el santo bautismo, por el título de cristianos adquirimos derecho á todos estos tesoros, nos enriquecemos con todos estos bienes, y podemos aspirar á ser ciudadanos de la patria celestial. ¡O gran Dios! ¡O qué elevado concepto haremos de esta dicha por toda la eternidad! ¡Qué idea no tendremos del santo bautismo! ¡Y cuál será nuestro reconocimiento por tan inesplicable beneficio! ¡Trocáremos entonces, ó confundiremos el nombre de cristiano con el de hombre de distincion, hombre poderoso, hombre de ingenio, hombre de mundo? Y si por toda la eternidad solamente hemos de hacer aprecio del título de cristianos; si este solo nombre ha de ser el objeto de nuestro eterno reconocimiento, ¿qué razon habrá para que no pensemos, y no discurremos ahora de la misma manera? ¡Cosa estraña! vive y muere un cristiano sin haber quizá dado jamás gracias á Dios por tan insigne favor, y acaso sin haber nunca estimado como tal la gracia de ser cristianos. Hácese tanta estimacion de haber nacido grande, de haber nacido príncipe, de haber nacido soberano; apréciase tanto el ser de familia ilustre, de casa opulenta y poderosa; ¿pero quién hace una santa vanidad de haber nacido de padres cristianos, y de haber sido reengendrado en las saludables aguas del bautismo? ¿Cuántas veces se han dado gracias á Dios por tan insigne be-

neficio? Gloriámonos de un vano título de nobleza; ¿pero dónde hay nobleza comparable con la de ser hijos de Dios, tener derecho al paraíso, y ser miembros de la verdadera Iglesia? Somos ingratos, porque estimamos poco este favor; y le estimamos poco, porque tenemos poca fe; porque nuestras costumbres y nuestra conducta desacreditan nuestra religion, y la santidad del cristianismo.

Conozco, Señor, la irregularidad y la impiedad de mi conducta, pero confiado en vuestra divina gracia, espero reparar mi pasada ingratitud con mi enmienda futura.

JACULATORIAS. — Soy, Señor, vuestro hijo, y vuestro siervo soy por el bautismo: no permitais que se pierda vuestro siervo y vuestro hijo. (*Psalm. 27.*)

La única vida eterna es conocerte á tí solo Dios verdadero, y al que enviaste Jesucristo. (*Joan. 17.*)

PROPOSITOS.

1 No hay dignidad comparable con la de cristiano: todo título de nobleza, todo dictado honorífico, toda dignidad de la tierra, todo nombre cede al augusto epíteto de cristiano, y al respetable carácter que recibimos en el santo bautismo. Muchos príncipes y princesas nunca se gloriaban de otra cualidad. Soy cristiano, soy cristiana, se les oía repetir muchas veces: estos son los títulos de mi nobleza. S. Luis, rey de Francia, se firmaba *Luis de Poissy*, porque en Poissy habia sido bautizado. Yo soy cristiana, respondian á los tiranos aquellas ilustres mártires, que en nada apreciaban ser princesas. Es cierto que esta augusta dignidad no se ha envilecido; ¿pues de donde nacerá que no nos honremos tanto con ella? De que somos poco cristianos. Es uno grande en el mundo, es noble, es caballero, es rico, y luego hace vanidad de serlo; ¿pero el día de hoy se hace tanta de ser uno cristiano? Sin duda que esto debe de ser porque se conoce muy bien que la conducta desmentiría las palabras y la profesion. Toma una fuerte resolucion, de que de hoy en adelante sea muy diferente de la que has tenido hasta ahora: todos los días por la mañana y por la noche has de dar gracias á Dios por la insigne dicha de ser cristiano y católico, gloriándote de serlo, de parecerlo y de confesarlo. Cuando alaben á tu presencia tu casa, tu familia, tu distincion, tu empleo, tu ministerio, dí con resolucion que no aprecias otro carácter, ni otra dignidad que la de cristiano.

2 Ten presente el día en que fuiste bautizado, y celebra todos los años este dichoso día con alguna fiesta particular. Confíesate y comulga en él, dando gracias al Señor por tan grande beneficio. Manda celebrar alguna misa al mismo fin, y convida con algunas limosnas á los pobres, para que junten sus gracias con las tuyas. Renueva en él lo que prometiste á Dios en el bautismo, y profesa particular devocion al santo ó santa de tu nombre.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN FELIX, papa y mártir, en Roma, en la via Aurelia; el cual alcanzó la corona del mártirio en tiempo del emperador Aureliano. (Véase su noticia en las de hoy.)

LOS SANTOS MÁRTIRES GABINO Y CRÍSPULO, en Torres en Cerdeña. (Su martirio fué notable por la multitud de tormentos á que lo sujetaron, según atestigua una lápida antigua.)

LOS SANTOS SICO Y PALATINO, en Antioquia, los cuales padecieron muchos tormentos por confesar la fe de Jesucristo.

SAN EXUPERANCIO, obispo y confesor, en Ravena. (Asistió y suscribió á los concilios de Tarragona, Aquilea y Toledo; y murió en el año 418.)

SAN ANASTASIO, obispo, en Pavia.

LOS SANTOS BASILIO Y EMMELIA, su mujer, padres de S. Basilio el Magno, en Cesarea de Capadocia; los cuales habiendo sido desterrados en tiempo de Galerio Maximiano, se retiraron por algun tiempo á los desiertos del Ponto: despues cesando la persecucion, murieron en paz, dejando á sus hijos herederos de sus virtudes.

SAN FERNANDO III, rey de Castilla y de Leon, en Sevilla en España, llamado el Santo por la escelencia de sus virtudes; el cual esclarecido por el zelo de propagar la fe católica, despues de haber vencido á los moros, dejando el reino de la tierra, voló felizmente á gozar del eterno. (Véase su vida en este día.)

SAN FERNANDO, REY DE CASTILLA Y DE LEON.

SAN Fernando, modelo de principes cristianos, dechado de monarcas valerosos y prudentes, terror de los infieles, y el mas dichoso capitán de cuantos pelearon las batallas del Señor, fué hijo de D. Alonso el nono, rey de Leon, y de D.^a Berenguela, primero infanta, y despues reina de Castilla. Ignórase el lugar, el día, el mes, y aun el año de su nacimiento; vergonzoso descuido de nuestros historiadores, por mas que se quiera discul-



S. FERNANDO REY
DE CASTILLA.